

MISCELANEA

EL SEMINARIO DE LENGUAS PRERROMANICAS

Como habíamos anunciado en el número anterior del BOLETIN, en el mes de septiembre se abrió el Seminario de Lenguas prerrománicas creado por la "Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País". No ha podido tener, en sus principios, la extensión que hubiéramos querido porque, a última hora, dificultades insuperables impidieron el concurso del Profesor de Filología comparada de la Universidad de Erlangen, Dr. Charles Bouda, y del vascólogo don Alassandro Bausani, lector de persa de la Universidad de Roma. Pero a pesar de falta tan sensible, el Seminario dió principio a sus tareas bajo los mejores auspicios, lo que nos hace esperar una labor seria y continuada. Las tres primeras lecciones estuvieron a cargo del profesor de latín, de la Universidad Central, don José Vallejo, en los días 15 al 17 y, las otras seis, del 19 al 24, del Director del Museo del Pueblo Español, don Julio Caro Baroja; cerró el ciclo, el catedrático de la Facultad de Filosofía, de Madrid, don Juan Zaragüeta. Se dieron en ellas, métodos de trabajo y ajustándose a los mismos, el grupo de alumnos que asistió a las lecciones, reducido, pero capacitado y animoso, ha iniciado sus trabajos de invierno. Por lo pronto van a traducir, anotándolo y poniéndolo al día, "L'origini della Lingua Basca" de Trombetti, cuya consulta, imprescindible para el estudio del vascuence, se hace casi imposible por la rareza del libro en España y otros trabajos de Schuchardi, dispersos en distintas publicaciones de muy difícil busca.

Simultáneamente van a reducir a papeletas, para ordenarlas después, y situarlas en mapas, sobre los lugares que preceda, los topónimos y antropónimos contenidos en los viejos cartularios, empezando, claro está, por el de San Millán. Después... después harán también muchas cosas, pero de esto ya hablaremos luego. Por lo pronto, bástenos registrar el hecho de la apertura del Seminario y de que sus alumnos, animados del mejor espíritu, han comenzado a trabajar en una obra larga y duradera, en que ponemos desde ahora la mayor confianza.

M. C.-G.

UN "CABALLERITO" DE LEQUEITIO

VIDA
DE D. IGNACIO
DE LOPERENA,
 SEMINARISTA
EN EL REAL SEMINARIO
de Nobles de la Compañía de Jesús de Calatayud.

ESCRITA

POR EL P. AGUSTIN ABAD
 de la Compañía de Jesús, Rector de
 el mismo Real Seminario.

Se consagra

A SU TITULAR, Y PATRONA
 la Purísima Concepción,

CON LICENCIA:

En Calatayud: Por Joaquin Estevan,
 Impresor del Real Seminario,
 Año M.DCC.LXIII,

Al mediodía del 22 de mayo de 1747, nace en Lequeitio don Ignacio de Loperena, Artaza, Sarauza y Urezaga. Procede, por su padre, de la Casa solar de Loperena en Azpeitia. Y como buenos paisanos del Patrón de Guipúzcoa, bautizan al niño con el nombre de Ignacio, "ya por la devoción de su Casa, ya por conformarse con la costumbre casi universal de Guipúzcoa, especialmente de Azpeitia".

Apenas trasvasa la niñez, transcurren las mañanas de sus días infantiles entre "ayudar Misas, asistir al Aula, rezar a la Virgen y muchos Santos" y por la tardes "después del Aula, en rezar parte del Rosario, sobre la que había rezado en la Clase, en tener oración, encomendarse a la Santísima Trinidad, leer libros espirituales y asistir a los Oficios Di-

vinos, siempre que podía". Y no tranquiliza su conciencia con el deber religioso tan ampliamente cumplido a la luz solar, "se levantaba a media noche para entregarse más a Dios en la oración y coloquios".

Estudia, Ignacio, en la Escuela que la Compañía de Jesús regenta en Lequeitio. No pisa más camino que el que conduce a los Jesuitas y a la Iglesia Parroquial. Y mientras sus condiscípulos brincan por las calles y se zambullen entre las lanchas del puerto, el pequeño Loperena, con unción mística, aprende de memoria Salmos e Himnos religiosos, "especialmente el *Tantum ergo*".

Pierde a su padre a los once años; su madre había muerto en su primera niñez, y pasaron a vivir con él y con una hermana más niña, su tía doña Elena de Urezaga y su prima-hermana doña Thomasa. Beatíficamente transcurre el tiempo, y preocupados los tutores de la educación, deciden llevarlo al Real Seminario de Nobles de la Compañía de Jesús de Calatayud para que "aprehendiera a

ser Caballero, arraigándose más en el Christianismo". Previas las pruebas de nobleza, ingresa en el R. Seminario el 7 de diciembre de 1761.

Estudia, con calor, "Rhetorica, Mathematicas, Geographia, Poesia y Oratoria"; pero quieren, también, sus tutores que se aplique en los "bayles, espada y musica". Le cuesta el hacerlo, porque "su anterior inclinacion havia sido del todo opuesta á estas diversiones, y su educación contraria del todo á estos ejercicios". Obedece con el alma saturada de obediencia.

El áspero aprendizaje de los "bayles, espada y música", duró poco: a los ocho meses de ingresar se siente enfermo. Diagnostican los médicos su malestar de "hipocondria" y sugieren el enviarle a Lequeitio a respirar los "ayres natales". No pudo ser: agrava rápidamente y es ya imposible el proyectado viaje. Le administran el Santo Viático y deja este mundo el 25 de agosto de 1762 rezando aquellos himnos que de niño estudió con tanto empeño. "*Mañana á esta hora havré visto á Dios... si Dios quiere*", había vaticinado a las seis de la tarde del día anterior, con la fe de un cristiano y la corrección de un caballero.

Al enterrarlo guardaron dentro del ataúd un pergamino con el nombre y la fecha de la defunción. Más adelante solicitaron sus parientes el traslado del cadáver a Lequeitio. No sé si lo hicieron.

Fué tan intensa espiritualmente la vida del joven Loperena, que el P. Agustín Abad, S. J., Rector del Seminario, le dedicó un pequeño libro para que sirviera de ejemplo a los Caballeritos-estudiantes. El 7 de diciembre de 1762, ¡en el aniversario exacto del ingreso de Loperena en el Seminario!, firmaba el P. Pedro Navarro, Prepósito Provincial de la Compañía de Jesús en la provincia de Aragón, la licencia para la impresión.

Es un libro raro. No lo citan Palau, Allendesalazar, Sorarrain y Areitio. La única referencia que conozco es de don Carmelo Echeagaray en el tomo de Vizcaya de la "Geografía del País Vasco-Navarro", en donde al reseñar los hijos ilustres de Lequeitio (pág. 892), escribe: "Ignacio de Loperena, que falleció a los 16 años el 25 de agosto de 1762 en el Seminario de Nobles de Calatayud y cuya vida fué escrita por el P. Agustín (sic) de la Compañía de Jesús".

El ejemplar que poseo está encuadernado en pergamino. Mide 150×100 m/m., tiene XXIV+77 páginas, y reproduzco la portada.

J. de Y.



NUMERO-HOMENAJE
A DON JULIO DE URQUIJO

La recepción de trabajos de colaboración para la obra homenaje a don Julio de Urquijo ha quedado cerrada, pues con los recibidos hasta ahora cubrimos los tres tomos de quinientas páginas que nos habíamos propuesto publicar. No obstante, los que se reciban en adelante se publicarán en el BOLETÍN, haciendo constar que sus autores los remitieron con destino al homenaje y que no han podido tener cabida en él, por haber llegado tarde.

En cambio, el plazo para las adhesiones sigue abierto y lo estará hasta el momento en que hayan de tirarse los últimos pliegos del tercer tomo, que son los que contendrán la relación de adheridos. Los que no se hayan adherido aún y deseen hacerlo, deben solicitarlo, en las condiciones ya señaladas, de la Redacción del BOLETÍN, en el plazo más breve posible, pues la composición del tercer tomo está ya muy adelantada.

El segundo está totalmente terminado y dentro de unos días se procederá a su reparto.

M. C. - G.



UNA CARTA DEL "MORO VIZCAINO"

Cualquier carta de un personaje ilustre es cosa de interés, aunque en ella se trate de temas sin trascendencia; por ello, publicamos ésta de don José M. de Murga, en la que el inextinguible buen humor de este original marqués corre por entre sus líneas. La misiva va dirigida al IX Conde de Hervias, residente por aquellos días en Lequeitio, y por ella comunica Murga, entre otras cosas, que estando ya impresos sus "Recuerdos Marroquíes", ha enviado un ejemplar dedicado a Machalen, hija del Conde y entrañable amiga suya. La carta dice así:

"Marquina, Noviembre 3-1869.

"Querido Nicanor: o yo lo escribí mal o tú leíste ídem la palabra MACANA, que yo escribí o pensé escribir. MACANA, por si no lo sabes o se te han pasado las especies, es una solemne porra (muy historiada) con la que los habitantes de las Islas de la Sonda

o de los Estrechos de ídem y algunos otros de por allá acostumbran ablandar la mollera a sus contrarios. Ya sabés lo que es: ahora, si no está en tu casa ni ha estado nunca esa señora, sabe que su recuerdo será uno de tantos que hay en mi caletre, que muchas veces no anda tan corriente como yo quisiera.

"Mi señora hermana Doña María, que "se anda" por Vitoria, ha llevado con dedicatoria a Machalen el soberbio parto de mi ingenio, en el que (en el parto, no en el ingenio) he consignado algunas cosas muy buenas de allende Estrecho, y que espero te harán reír alguna vez. No pocos me tendrán por embustero, y no pocas y pocos por herege. De unos y otros me río a mis anchuras. De lo que no me río es de lo muchísimo que me ha costado y de lo malísima que es la edición. La han impreso en bilbaíno, y se han comido puntos, comas, etc., y luego los han desembuchado donde mejor les ha parecido. Así y todo, espero que el claro talento de mis lectores podrá muy bien remediar estos defectos.

"A otra cosa. Estoy componiendo unas papeleras de in illo tempore, y quisiera me dijese el medio de que me valdré para dorar con purpurina algunos latones que, después de limpios, me han salido cada uno con su color diferente. Dame la receta completa y, al hacerlo, harás una obra de caridad, pues separarás a mi hermano Manuel del camino de la perdición, librándole de la ociosidad, que es madre de todos los vicios.

"El y ella (doña Joaquina) te envían sus recuerdos, a los que se une el de tu affmo.

"José María."

Sería de desear que todas aquellas cartas dignas de publicación que tuvieran en su poder los lectores de este BOLETÍN, nos fuesen enviadas para incluirlas en nuestras páginas. Los documentos serían escrupulosa y rápidamente devueltos; y gracias a este rasgo de generosidad de sus propietarios, estarían al alcance de todos mil historias íntimas que es pena permanezcan desconocidas.

G. M. de Z.



LAS FECHAS EN LA HISTORIA

Todos los del oficio saben que el torcedor de los investigadores suele ser la determinación precisa de las fechas y la radicación

correcta de las designaciones toponímicas. El que quiere proyectar luz sobre un suceso determinado y quiere fijar en primer término su cronología exacta, se encuentra en gran número de casos desorientado ante la profusión anárquica de fechas dispares que se atribuyen a la fijación del mismo en el tiempo.

Así ahora se ha encontrado perplejo José de Aralar, al pretender dar, en libro recientemente editado en Buenos Aires, la fecha rigurosamente exacta de la Batalla de Munguía. Convienen todos los autores, menos nuestro Garibay, en el año: 1471. El mes para unos es abril, para otros mayo y para algunos agosto. Finalmente, Salazar y Castro y Esteban de Garibay convienen en día, mes y hebdomada; pero discrepan en el año. Aralar, ecléctico como Salazar y obsequioso además con el argumento de magisterio, acepta la data de "sábado, 27 de abril de 1471".

El argumento de magisterio, sin embargo, debe considerarse en buena lógica como uno de los más endebles. Y Aralar, que ya se ve que acertó en lo principal, hubiese hecho bien en analizar, a base de un sencillo cómputo, la fecha en cuestión. Hubiese entonces eliminado con categórica determinación la fecha de "sábado, 27 de abril de 1470" dada por Garibay, por la sencilla razón de que esa fecha no cayó en sábado en ese año 1470.

F. A.



MAS SOBRE EL GENERAL URBIZTONDO

Lo que siento mucho—y ya no tiene remedio—es que no retengo, o no retuve, el nombre de quien ciñó la espada "culpable", y que los actuales descendientes de la señora que me lo dijo, tan claro, tampoco lo recuerdan, o no lo han sabido nunca; para mí, ¡tantos años han pasado desde 1886 aproximadamente!...

La panoplia a que me refiero en mis cuartillas ha tenido la suerte de encontrarla y con espadas—creo que hasta seis—en posesión de un descendiente—nieto—de doña Micaela Ostolaza de Tagle; pero no dan—según me dice aquel señor—en ninguna con la señal—un número grabado o impreso—que yo recuerdo, y la identificaría. Aunque no lo encuentran, me invitan, amabilísimamente, a que vaya a verlas. No me decido, dada mi edad avanzadísima, a donde

están, pueblo bastante lejano y "extraviado", sobre todo porque, aunque yo diese con la señal, como la familia no recuerda quién pudo ser el propietario o "usuario" de esa arma, es inútil el identificarla, simplemente, para nuestra investigación.

En sus últimos años, don Gabriel Mz. de Aragón, † el 4 En. 1934, me refirió que, al leer en un libro o novela histórica de Baroja la tradición de muerte violenta, en el Palacio Real, de su abuelo Urbiztondo, hizo al autor, en carta muy amistosa y atenta, con alguna extensión, una pregunta, en resumen, parecida a ésta: ¿Tiene usted algunos datos o motivos seguros para afirmar su versión?

Y Baroja, que debe ser un simpático debrouillard, contestó algo así: No. Sólo lo que dicen, lo que suponen, lo que he oído... en general...

Esto se ha hecho demasiado largo, perdone.

F. de A.



PROCERES VASCONGADOS

En pocas líneas relataré dos anécdotas que ponen de manifiesto el gran amor que los próceres vascongados sentían por el vascuence. Se refieren al Duque de Mandas, al Conde de Torre-Múzquiz y a don Fermín Calbetón, que llegaron a alcanzar los puestos más preeminentes de la Administración Pública.

Los dos primeros solían ir juntos, con frecuencia, a Madrid. Y se habían comprometido, solemnemente, a que mientras permanecieran en la Corte, siempre que estuvieran solos los dos, se hablaran en vascuence. Y me consta que cumplieron su compromiso como si lo hubieran hecho ante notario, o para un voto religioso.

De don Fermín Calbetón, cultísimo político, tengo ésta, que se la he oído referir, personalmente: "En un viaje que hice a Nueva York, me invitaron tan insistentemente a asistir a una sesión de espiritismo, que no me pude negar. Apagadas las luces, y las manos sobre la clásica mesita de tres patas, me requirieron a que me pusiera en comunicación con algún pariente o amigo de ultratumba. Me acordé, entonces, de tu tío Pachicu Aguirresarobe, excelente

amigo desde los tiempos del Instituto de San Sebastián y muerto después, en la guerra carlista, y exclamé:

—¡Kaixo Pachicu! Esagutzen al nauk?

Por toda contestación, me dijeron los amigos aquellos:

—¿Por qué no le habla usted en inglés? Ya verá cómo le contesta. Al oírles no pude menos que romper a reír.

—¿Pachicu hablando en inglés? ¿Y además a mí? Vámonos.”

C. DE A.

